

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

Subscription en Madrid.

Por un mes. 3 reales.
Por tres id. 20 id.

Subscription en Provincias.

Tres meses. 26 reales.
Por seis idem 50 id.

En el extranjero y Ultramar.

Por un año. 120 reales.
(Fránco de porte).

Colocacion en el BANCO DE ECONOMIAS, de un real por mes de suscripcion, para atender a las enfermedades de los suscritores.

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.

SECCION CIENTÍFICA.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

DE LA CONCIENCIA PUBLICA.

La conciencia es estéril sin la razon y sin la revelacion.

La conciencia natural no vive en nosotros con imperio absoluto, sino cuando dormita la inteligencia: despiértase esta y procura arrastrarla en pós de sí; élévase ó descende segun el espíritu político de los pueblos.

Con este resorte maravilloso legislan todos los poderes: Mahoma le fanatiza en el Oriente y empieza esa famosa Egira que que impona la religion con el auxilio del alfanje: Lutero, Calvino y Zunigli le dan amplitud en Alemania para inaugurar una era de horrores: los pueblos salvajes le rodean de supersticiones para seguir eternamente pegados a su barbárie.

El progreso de la conciencia decide el destino de las naciones.

Alli donde se fanatiza existen el horror, el crimen, la miseria, con la sancion de la ley: alli, donde tiene latitud desordenada, sucede lo mismo con la diferencia de que no hay ley.

Un pensamiento bárbaro fué siempre el privilegio de los tiempos históricos: antes de Jesucristo, solo se aspiraba á esclavizar: amos y siervos componian el mundo: y era tal la desdicha de unos y otros, que todos creian cumplir un deber, y por lo mismo escapaban los remordimientos.

En efecto, estinguido el gobierno patriarcal, iniciándose en la arena política las primeras monarquías, vemos por una sucesion no interrumpida de hechos, que la suerte de los reyes, de los legisladores, y de los poderosos, apenas se fijaba en otra idea que en la esclavitud: cual fuera señor

de mas vidas era mas grande, mas magnífico, mas estimado: lo mismo se confiscaban almas que muebles sacados á la plaza: los conquistadores rendian pueblos enteros, y una ofensa al amo equivalia á un sacrilegio.

¡Estremo tristísimo de la depravacion de la conciencia, que si daba señales de vida era proclamando el crimen!

El drama sangriento de la historia evidencia hasta lo sumo que si el error, es producto de las opresiones, el delito es secuela inmediata de la conciencia envilecida.

La idea dolorosa de las prostituciones del Egipto, de las disoluciones de Babilonia, y Alejandria: las guerras homioidas entre la humanidad, siempre ávida de recoger soberanías sobre la sangre de los campos de batalla, efectos eran de aquella conciencia desatentada, que aplaudia los crímenes.

La historia de la antigüedad puede personificarse tristemente, en cuatro ó cinco lúgubres figuras, un Alejandro que muere de intemperancia, en medio de las delicias que derramó en Babilonia la mano de Semiramis, y algunos emperadores de Roma que devoraban una existencia animal.

Se necesita una conciencia bárbara para aplaudir las estravagancias de un Nabuco-Donosor, y por lo que respecta al heroismo, ahí está un pueblo de ciudadanos en Roma que se postra delante del caballo de un cónsul para tributarle los mismos honores que á su dueño.

Todos los delitos tuvieron sancion: Masalina y Cleopatra, Priapo y Calígula, Baltasar y Vitelio, todos merecieron un culto como semidioses; y la conciencia pública no se deluvo jamás á considerar la afinidad que habia entre ellos y entre un salteador ó una prostituta.

¡Qué afán tan ciego! ¡Qué aspiraciones

tan elevadas! Ciro absorbe la Media, la Persia, la Caldea, la Fenicia; Jerjes quiere devorar á la Grecia: Alejandro se pasea por el Universo: Annibal llega hasta Roma: Roma destruye á Cartago: Cesar pasea en triunfo sus águilas por todas partes, en una palabra, los pueblos enteros viviendo de las armas, y adquiriendo derechos de propiedad, sobre los escombros del bandidage y la rapina. Esta era la única felicidad que se conocia en el globo: de este círculo de hierro no escapaba nunca la civilizacion de los pueblos, que se sometian á esta marcha por el estrago de su conciencia.

Dos grandes civilizaciones, no obstante, existen en el pasado: la de Grecia que escapa la barbarie egipcia y la de Roma que usurpa mas tarde á la Grecia, sus leyes y su independencia: Nótese qué fatalismo predomina en ambas. Licurgo predica la libertad y admite la esclavitud dentro del Estado: el ciudadano es libre porque es hombre, pero puede tener siervos si se llaman ilotas: para honra y gloria de Esparta se pueden cazar hilotas como toros salvajes se les puede degollar como á animales, y una matanza general, horrible, pública, ensaltea á la patria.

¡Espantoso patriotismo, negra figura del delito que se hace aplaudir todavía, por la conciencia bárbara!

Pero ved, ved que pensamiento tan elevado agita la mente del legislador: para él no existe nada fuera de Esparta: civiliza aboliendo el comercio y las artes: engrandece la estadística desmembrando á la familia: una madre por su ley puede asesinar á sus hijos: aísla el Estado, le concreta, le conduce de estravagancia en estravagancia al derrumbamiento y aboga en lagos de crímenes á generaciones enteras de bandidos que celebran sus ferocías en la comida pública.

Verdaderamente; la conciencia de aque-

Los pueblos, sacrificada en aras de principios tan infames, nos reveló la idea espantosa de los extremos que han pesado sobre la vida moral de la humanidad; y no sabemos si Dracon estableciendo su ley salvaje sobre pabulos, es más ó menos cruel que Licurgo instruyendo á un pueblo feroz que todo lo lleva á sangre y fuego.

Descendiendo á Roma encontramos la misma antitesis, acaso mas ostensible por el exceso de prostitucion de esa reina de las naciones. Tres Horacios que pelean con tres Curiacios en presencia de dos ejércitos que se despiden amigos, quedando el derecho restablecido sobre la sangre de cinco combatientes, hé aqui el heroísmo de la civilizacion de Roma: no importa que uno de ellos atravesase el tierno seno de la hermana que llora al esposo muerto; la patria prohíbe verter lágrimas, y fuera debilidad en el joven héroe no consumir el fratricida; clara la espada, Roma aplaude, el obitero guerrero sonríe como un canibal: en conciencia no tiene un remordimiento ante aquella sangre que humea y que pide á la humanidad justicia; pero el crimen es digno del Tártaro.

Pero qué se puede pedir á un pueblo que corroido por las liviandades, por el lujo del Asia, y por aquella licencia descarada que proclamaba las glorias de una saturnal, con gritos feroces, el horror de un festin báguico para celebrar una victoria sanciona-

ba la venta de los hijos en el mercado, patrocinando de esta manera la barbarie de aquella poligamia brutal que arrojaba á las matronas de su tálamo, para ser reemplazadas vilmente por rameras inmundas, asquerosos ídolos, que en brazos del amor ticcito conseguian la adoracion del momento para ser derribados y aniquilados por su propia podredumbre?

Semejantes ferocías han sido sancionadas por la conciencia pública, bien que está lo ha sancionado todo en el mundo.

(Se continuará.)

LEANDRO ANGEL HERRERO.

EL GURA PÁRROGO

POR EL CELEBRE ESCRITOR FRANCÉS LA MARTINE.

(Conclusion.)

Sus deberes como administrador espiritual.

El párroco es además administrador espiritual de los Sacramentos de la Iglesia y de los beneficios de la caridad. Sus deberes en calidad de tal se aproximan á los que impone toda administracion. Tiene que habérselas con los hombres, es necesario que los conozca; corrige las pasiones humanas, preciso es que tenga una mano daltada y suave, llena de prudencia y de mesura. Estando en el círculo de sus atribuciones la falta, los arrepentimientos, las miserias, las necesidades y pobreza de la humanidad, debe tener el corazón rico y abundante de tolerancia, de misericordia, de

mansedumbre, de compasion, de caridad y de perdones.

Su puerta debe estar abierta á todas horas al que le vaya á despertar; su lámpara siempre encendida, y su bastón siempre á la mano; no debe distinguir ni estaciones ni distancias, ni contagio, ni sol, ni nieves, en tratándose de llevar el bálsamo al herido, el perdón al culpable, ó su Dios al moribundo. No debe haber delante de él, como delante de Dios, rico ni pobre, pequeño ni grande, sino hombres; estos es, hermanos de miserias y de esperanzas....

De sus relaciones con el Gobierno.

El párroco tiene relaciones administrativas de muchas clases con el Gobierno y con la autoridad municipal.

Sus relaciones con el Gobierno son sencillas; le debe lo que todo ciudadano ni mas ni menos, obediencia en las cosas justas. No debe apasionarse ni en pro ni en contra de las formas ó los jefes de los Gobiernos de aquitabajo; las formas se modifican, los poderes cambian de nombres y de manos; los hombres se preciptan, alternativamente del poder; estas son cosas humanas, pasajeras, fugitivas, propias de su naturaleza instable. La religión y el gobierno perpétuo de Dios sobre las conciencia se halla sobre esta esfera de vicisitudes, de versalidades políticas, y se degrada descendiendo; su ministerio debe mantenerse cuidadosamente alejado de ella. El párroco es el único ciudadano que tiene el derecho y el deber de permanecer neutral ante las diferencias, las luchas y los odios de los partidos que

LOS AMORES

DE UN PINTOR,

por

D. Francisco P. Estrala.

(Continuación.)

Luego que el portero se hubo retirado, Laura permaneció silenciosa con su vista fija en aquellas misteriosas palabras, como si una sombra de muerte pasase ante sus ojos, y al abrirla y hallar de nuevo el retrato de su madre, dos lágrimas de reconocimiento y de alegría surcaron sus mejillas, y su pensamiento fué á perderse en el infinito, como si buscara en el cielo la solución de aquel enigma que no acertaba á comprender. --Todo lo sabré, dijo al fin, porque en el cementerio nos veremos. Y apenas llegó la tarde, Laura se encaminó á él, permaneció orando de rodillas hasta despues de anochecido, pero como nadie parecía, volvió pensativa á su casa con el corazón lleno de amargura, los ojos de lágrimas, el alma de tristeza, y el cerebro cargado de ideas desgarradoras y sombrías.

Así pasaron los dias... Laura buscó en vano á Eduardo... desde entonces sus fuerzas comenzaron á debilitarse, hízose mas intensa la

palidez de su semblante y mas frecuentes los suspiros que exhalaba su pecho.

Por otra parte el barón había desaparecido: en tal estado, se determinó á ir en busca de aquel, y una mañana, con el semblante oculto bajo el velo de su sombrero y envuelta en su ancho albornoz para no ser conocida, salió de su casa dirigiéndose á la de Eduardo.

XV.

Un joven, vestido de negligé, con su bata de merino y cubierto con un elegante gorro de terciopelo azul bordado de oro, salió á abrirla; su rostro de correctas y delicadas facciones, tenia esa palidez característica que aparece como la primera y última huella de las enfermedades de muerte; sus movimientos todos, la apagada mirada de sus ojos á través de dorados quevedos que montaban en el caballete de su afilada nariz, sus pasos vacilantes y su voz débil y pasada, eran señales evidentes de que se había hallado á las puertas del sepulcro.

—Caballero, dijo Laura, sorprendida de la inesperada aparicion de aquel. ¿No habita ya en este cuarto D. Eduardo...

—Sí, señorita, pero no está en casa.

—¿Y tardará mucho?

—Probablemente no; pueda Vd. pasar si gusta, y tomarse la molestia de esperarle, aunque si es para algún retrato, sería inútil;

de Roma le han encargado un cuadro que le ocupe todo el tiempo.

—No, no es con ese objeto.

—En ese caso dispense Vd. y hágame el obsequio de pasar adelante.

Laura, sin levantarse el velo entró en el estudio de su adorado pintor.

El enfermo que la seguía con suma dificultad, intentó acercarla una silla suplicándola tomase asiento, y como ella viese el trabajo con que lo hacía, se aproximó á su vez, y tomó dos, presentándole una al desconocido.

Las pálidas mejillas del joven se tuvieron ligeramente de purpura, que mudo en fuerza de su agradecimiento, tan solo pudo darle las gracias con una respetuosa inclinacion de cabeza...

Horas hubieran pasado en silencio para los dos si Laura no dijera rompiéndole:

—¿Padece Vd. mucho?

—Mucho, señorita; si no fuese por Eduardo, que es el médico de mi alma y de mi cuerpo, ya hubiese sucumbido.

—No en vano me habian dicho que era un joven excelente.

—¿Vd. no le conoce?

—Lo he visto algunas veces...

—¿Ah! Entonces no podrá Vd apreciar aun su noble corazón, su espíritu grande y generoso como ninguno.

—Segun sus palabras de Vd...

dividen las opiniones y los hombres, porque él es ante todo ciudadano del reino eterno. Padre común de los vencedores y de los vencidos, hombre de amor y de paz, que no puede predicar más que paz y amor, discípulo del que se negó á que se derramase una gota de sangre en su defensa, del que dijo á Pedro: «Envaína la espada».

En sus relaciones con la autoridad municipal.

Con el alcalde el párroco debe conservar relaciones de noble independencia en lo que concierne á las cosas de Dios, de dulzura y conciliación en todo lo demás; no debe solicitar influencia ni luchar como autoridad en el distrito, recordando siempre que su autoridad comienza y concluye en su iglesia, al pie de su altar, en la cátedra de la verdad, á la puerta del indigente y del enfermo, á la cabecera del moribundo: allí es el hombre de Dios; en cualquiera otra parte es el más humilde y el más despreciado de los hombres.

Sus deberes como hombre.

Como hombre el párroco tiene todavía que llenar algunos deberes puramente humanos, que le impone el cuidado de su buen nombre; el esmero en su vida civil y doméstica es como el buen olor de la virtud. Retirado en su humilde parroquia á la sombra de su iglesia debe salir con poca frecuencia. Le es permitido tener una viña, un jardín, un huerto, á veces una pequeña pradera, y cultivarlos por sus propias manos, mantener algunos animales domésticos de placer y de utilidad, la vaca, la

cabra, el cordero, el pichón, pejaros que cantan, el perro sobre todo, esa mueble viviente del hogar, ese amigo de los que son olvidados en el mundo y que sin embargo tienen necesidad de ser amados de alguno. De este asilo de silencio, de trabajo y de paz, el párroco no debe alejarse mucho para mezclarse en las reuniones ruidosas de la vecindad. No debe sino en algunas ocasiones solemnes poner sus labios con los dichosos del siglo en la copa de una hospitalidad suntuosa. El pobre es suspicaz y celoso: acusa fácilmente de adulación y sensualidad al hombre que ve á la puerta del rico á la hora en que se eleva el humo de la chimenea, y le indica una mesa mejor servida que la suya. Con más frecuencia y de vuelta de un paseo, ó cuando la boda ó el bautizo reúne los amigos del pobre, puede el párroco sentarse á la mesa del labrador y comer con el pan negro. El resto de su vida debe pasarlo en el altar, en medio de los niños, á quienes enseña á balbucear el Catecismo, ese código vulgar de la más alta filosofía, ese alfabeto de una sabiduría divina; debe pasarle en estudios serios, entre los libros, sociedad muerta del solitario.

Por la tarde, cuando el mayordomo ha tomado las llaves de la iglesia, cuando ha sonado la oración en el campanario del lugar, puede verse el párroco con su Breviario en la mano sea bajo los manzanos de su huerto, sea en los senderos más elevados de la montaña, respirar el aire suave y religioso de los campos y el reposo adquirido en el día, ya detenerse para leer un versículo de poesía sagrada, ya mirar el cielo y el horizonte del valle, y descender

con Eduardo, que es cierta, ciertísima, y que sin embargo, daría pábulo á un escritor que la escuchara para formar algún capítulo de novela, acaso un cuento, tal vez una historia...

—Tendré sumo gusto en oírla, y si antes no se lo he indicado ha sido por no cometer una indiscreción...

—Con una pensión de cinco mil duros anuales, señalados por mi padre, comerciante en P... para que disfrutase del mundo á mi placer, después de visitar la Inglaterra, y pasear la Francia y recorrer casi todo el extranjero, fijé mi residencia en Madrid, no porque Madrid sea mejor que París, sino porque Madrid es la capital de España, señorita, y yo soy español. Al poco tiempo no había teatro donde no concuriese, ni bailarina que no agasajase, ni actriz con quien no me mostrase galante como ninguno y rendido en demasía. Alterné en las altas sociedades como en las pequeñas, pero bien pronto las vanidades y el orgullo se despertaron en mi ánimo y entonces la ópera, el casino y las tertulias de la aristocracia, fueron mi único refugio... el amor, la amistad, los sufrimientos eran para mí utopías de la fantástica imaginación de cuatro héroes de novela. Hubo un día, sin embargo, en que paseando en el Prado después de bajarme del tiburí, ví á una hermosa joven que vestida de negro iba en carretela abierta, acompa-

ñado por un criado, en la santidad y deliciosa contemplación de la naturaleza y de su Autor.

Hé aquí su vida y sus placeres. Sus cabellos blanquean, sus manos tiemblan al elevar el cáliz; su voz cascada no llena ya el santuario, pero resuena aun en el corazón de su rebaño. Muere: una loza sin nombre indica su sepultura cerca de la puerta de su iglesia, ¡hé aquí una vida agostada! ¡hé aquí un hombre olvidado para siempre! ¡Pero este hombre ha ido á reposar á la eternidad, en donde su alma está por anticipado, y ha hecho aquí algo mejor que tenía que hacer; ha continuado un dogma inmortal, ha servido de acilto á una cadena humana de fé y de virtud, y ha dejado á las generaciones que nacen una creencia, una ley, un Dios!

D. J. C.

EL REGLUTA.

CUENTO POPULAR (1).

(Conclusión).

XII.

Un mes después de la escena de la timba partió Canuto de Cáceres en dirección á Sevilla: al separarse de mí le recomendé con mucho interés que no se olvidara nunca de su pobre madre que le quería tanto, y de la Nicolasa que tanto debía llorar por él; sobre todo no pude menos de insistir en aconse-

(1) Véase el número anterior.

ñada de una señora de cierta edad, cuyas señas recuerdo muy bien, cabellos grises, rostro aguileño y... pero olvidamos... Al verla sentí que mi corazón latía con violencia, y que cuanto más la veía más deseaba mirarla con ojos... Al fin concluí por lo de siempre...

—¿Por qué caballero? preguntó con ansiedad Laura.

—Por reírme de mí mismo, señorita. Sin embargo, llegó la noche, y en vez de irme al teatro me metí en casa... me puse á leer... pero el libro caía de mis manos... ante mí mente parecía columpiarse la entada del coche... y mirarme y sonreírme... ¿dudé entonces si tendría fiebre, y para cerciorarme me acosté... Al día siguiente me aburri más que el anterior... di orden á mis criados de que no estaba en casa para nadie, sin que yo mismo me explicase la causa, á pesar de que, por desgracia, empezaba á comprenderla, sentí un deseo vehemente de que pasasen las horas... de que llegase la tarde, de ir al Prado... Desde las cinco á las seis fueron tantas las veces que miré la hora en mi reloj, que á fuerza de abrirlo y cerrarlo, salté el muelle. Cuando cabalgaba en mi potro alazán hacia el paseo, me pareció tan tarde que ya no había de quedar un alma... cuando llegué observé que me había anticipado á los carros de riego. Le repetí á Vd., señorita, que comprendí la causa de mis disparates y me avergoncé de mí mismo... iba á entrar en el gremio de los cua-

—¿Qué son mis palabras, señorita, cuando le debo más que mi vida?

—¿Es posible?

—¡Ah, señorita! Vd. no sabe cuán grandes son los sacrificios que ha hecho por mí: su amistad es hoy mi única alegría.

—¿Y antes?

—Antes no, le aborrecí sin juzgarle.

—Vea Vd. como no es bueno fiarse de las apariencias.

—Tiene Vd. razón.

—¿Y qué daño le había hecho á Vd. don Eduardo?

—Ninguno... pero casi me emorgullezco de haberlo pensado, pues de otra manera no hubiese experimentado el dulce sentimiento de la amistad, esa amistad que, nacida y desarrollada en el trascurso de treinta y cinco días, es más grande, más verdadera que la de dos personas que se aman desde la cuna al sepulcro...

—Entonces alguna causa poderosa debe haber influido en ella...

—Sí... sí.

—Perdone Vd., me arrepiento de lo dicho; no ha sido mi ánimo penetrar en los secretos de su corazón, de Vd., porque los secretos del corazón son harto sagrados y respetables para mí...

—Con todo, puesto que la casualidad lo ha querido y Vd. parece interesarse en mi conversación, voy á referirle á Vd. mi amistad

sejarle que procurase á todo trance no llegar á dar el estallido consabido.

El pobre muchacho se echó á llorar como un niño, y se despidió de mí exclamando:

Se va á la guerra el soldado

Tal vez para no volver.

Pobrecita Nicolasa

No te volveré ya á ver.

Como conocerán mis lectores Canutito á pesar de reventar de puro bruto, también sabía improvisar coplas: lo que prueba que en España es tan fecundo el géneo poético, que en esto de hacer coplas es capaz de apostárselas al mismo Apolo.

XIII.

No volví á saber del bueno de Canutito en el espacio de dos años.

Ausente de mi país por mucho tiempo, separado del hogar de mi familia, tampoco volví á saber de la madre del muchacho ni de la divina Nicolasa. No obstante, por un cálculo que me ofrecía algunas probabilidades, presumía que el chico debió reventar de puro bruto como solo tenía pronosticado su madre, y que la Nicolasa debía ser muy desgraciada por haber puesto los ojos en un ente como Canuto.

Quiso mi buena suerte llevarme á mi país á fines de una de las primaveras mas hermosas que se han conocido, y llegué á aquella tierra sano y salvo en *carromato* (carro que mata, para que no lo olviden nuestros lectores) laténdome el corazón de una manera que creí se me iba á saltar del pecho.

Yo necesitaba aire para respirar porque iba asfixiado; necesitaba movimiento porque

morados, lo cual en aquella época era para mí una ridiculez. Pasó un mes y me empecé á poner tan extravagante que parecía un poeta con apariencia de suicida. ¿Pero qué te pasa? exclamaban mis amigos.—Nada, repuse; y en breve torné á mi antiguo género de vida; pero este era aparente... mi corazón que empezó por no dar cabida al sentimiento mas noble de todos los sentimientos, concluyó por admitirlo, comprenderlo, acariciarlo, y, últimamente, sentirlo, señorita, que era lo peor. Llegó un día en que paseaba buscando con la vista á aquella mujer á quien yo no quería mirar y miraba, seguir y seguía, amar y amaba, y mi amigo Pablo del Real, en cuyo brazo me apoyaba negligentemente, presentóme una ocasión magólica para luchar conmigo mismo, con mis propias fuerzas... para engañarme, que era una de mis mas grandes satisfacciones. Cruzó el carruaje á tiempo que los dos dirigíamos hácia el nuestros ojos, cuando vea Vd. que un jóven rubio y al parecer aristócrata llegó al estribo; disputábase Pablo y yo acerca de las mujeres (cuestión eterna en la boca de los hombres), y por último le indiqué á mi amigo que iba á hacerla el amor.

—Llegas tarde, me dijo.

—¿Por qué?

—¿Ves aquel caballero?

—Sí.

—Pues ese...

—¿Qué?

iba entumecido; necesitaba luz porque iba casi ciego: lo cierto es, que los quince días primeros me causé de correr en todas direcciones por aquellas hermosas campiñas coronadas de rubias mieses que era una bendición; no tomé una pluma en la mano ni lei una letra de un libro, de suerte que al cabo de aquellos quince días me encontré mas alegre que unas pascuas.

Una tarde que volvía del campo, di alcance á la entrada del pueblo á una mocetona rubia y colorada, que llevaba en los brazos un niño rollizo como esos angelitos de los retabios antiguos, y no se por qué me anunció el corazón que aquella muchacha debía ser la divina Nicolasa, ó al menos otra tan parecida como una manzana á otra manzana.

Yo la había divisado antes, lavando en una fuente una ropilla que de lejos parecía mas blanca que el ampó de la nieve, y ella se apresuró á huir tan pronto como me descubrió.

Picado un tanto, aligeré el paso empeñado en saber quién era, y á la entrada del pabellon la conseguí alcanzar.

No me engañé: era la Nicolasa.

Al principio se puso encarnada como una guinda: despues rompió á llorar.

—¿Qué es eso muchacha, la dije alegremente, por qué lloras?

Ella no contestó; pero el niño que llevaba en brazos, tendió hácia mí sus manecitas como para decirme:

—No hagas llorar á mi madre!

Todo lo comprendí; era necesario consolar á una desgraciada.

—Es su amante...

Al escuchar esta frase parecía que me había herido de muerte; sin embargo, en mi resolución de aparentar lo que no sentía, murmuré un «no importa» y hasta llegué á ofender el recuerdo y la dignidad de aquella mujer por no dar decididamente la palma á mi corazón haciendo una apuesta de veinte y cinco onzas de oro contra ocho á que la jóven en cuestión era mía antes de mucho.

—Es Vd. incomprendible.

—Lo era, efectivamente: desde aquel día pasé la calle de Hortaleza, porque en ella vivía mi enlutada...

—Ahí ya... murmuró Laura con mal reprimida sorpresa.

—La encontré, y mas de una vez quise cambiar la pudorosa y tierna mirada del amor que me arrastraba hácia ella, por la insolencia y altanera, del libertino, en que se revela todo el cinismo de su corazón; pero mas de una vez incliné los ojos y retrocedí... fuerza es confesar que me infundía respeto... y... pero continemos. La causa de esta terrible lucha del alma y de la materia, del corazón con el pensamiento no era otra sino de cinismo y depravación de que á fuerza de reprimir y dominar sus propios sentimientos hace jactancioso alarde en nuestros días mas de un insensato. El amor encadena el alma; el libertinaje da libertad al cuerpo... hé aquí todo. Voló el tiempo y me anunciaron que ella

—Ese hermoso niño, la dije, ¿es acaso hijo de Canuto?

—Si señor, respondió ella anegada en llanto, no tiene á nadie en la tierra mas que á mí.

—¿Cómo! ¿Ha muerto Canuto?

Lo ignoramos; desde que se fué de aquí no ha enviado una mala carta, su pobre madre antes de morir exclamó: cuando él no ha escrito, es seguro que ha dado por allá un estallido.

—¿Con que su madre ha muerto?

—Si señor.

—De modo que ese pobre niño está casi huérfano.

—Poco mas ó menos, porque mi familia me arrojó de casa, no tengo para sostenerme mas que mi trabajo.

A mí vez me tocó llorar: la historia de aquella desgraciada me llegó á lo intimo del corazón.

—Está bien, la dije, yo me comprometo á averiguar lo que ha sido de Canuto, y si de tan animal como era se ha vuelto un pícaro redomado, yo le calentaré las orejas: con que ten confianza en la Providencia y no llores mas: es necesario vivir para esa criatura.

La pobre madre vió el cielo abierto: y en cuanto al niño, no sé si por intuición ó por instinto, lo cierto es que me sonrió como deben sonreír los ángeles.

XIV.

Dos años consecutivos me llevé haciendo diligencias para averiguar el paradero de Canuto; pero como hay tantos en el mundo de

se había casado con un título. Al recibir la noticia chispeó en mis ojos la llama de los celos y de la desesperacion, se doblaron mis piernas y caí sobre una butaca... mis amigos me miraron con asombro... Para desvanecer toda sospecha, mi voluntad de hierro necesitaba nuevas pruebas... Chicos, les dije, me acobais de manifestar una cosa que me alegra extraordinariamente, porque la...

—Prosiga Vd., interpuso vivamente Laura.

—La jóven en cuestión tiene editor responsable, y de ese modo... —Oh! no avergüenzo en recordarlo! —Y sin embargo, aquel exabrupto, lanzado en aquella esfera de libertinaje y corrupcion, mereció estrepitosos aplausos. Así pasaron meses y meses, pero la enlutada desapareció de mi vista. El. Ha... es decir, el marido, bajaba solo á la Castellana con su carretela, despues en el tilburí, luego á caballo, á pié últimamente, porque, segun noticias, en el juego había derrochado su capital... No lo volví á encontrar en mucho tiempo... Pensé en ella, y á pesar de los instantos depravados de que hacia ostentacion y gala, mi frente se inclinó ante la severa y fria imagen de su desgracia... ¿Sabes á quién he visto perdido como las ratas? dispénsame Vd: la espresion, pues así me lo dijeron. —¿A quién? —A fulano... —Y donde se mete á comer?

(Se continuará.)

su nombre y de sus condiciones, no pudo conseguir nada.

Una tarde iba yo por el puente de Segovia buscando tela para horralear papeles; cuando me detuvo un brazo vigoroso y me dijo una voz muy conocida:

—Voto á San, Sr. Herrero, ó se ha vuelto Vd. lento ó no quiere Vd. hacer caso de un antiguo camarada.

Era Canuto, Canuto en cuerpo y en alma; pero ¡que distinto del antiguo Canuto! No le hubiera conocido la madre que lo parió.

Vestía uniforme de cazadores: gastaba ligote y perilla; tenía el aspecto de un benemérito de la patria, y además llevaba colgada del brazo una de esas mujerzuelas desarrapadas que pululan por las orillas del Manzanares.

—¿Conque eres tú perilla, le dije estupefacto, dos años hace que te busco y no te encuentro.

—Ya soy otro hombre, me dijo, sonriendo estúpidamente. Ya sé donde me aprieta el zapato: ya no soy tan avestruz como me parió mi madre. ¿Verdad amorosa?

Y el pilluelo se atrevió en mi presencia á hacer una caricia á la hribonzuela que llevaba del brazo.

—¡Hola! exclamé, ¿con que eres un redomado?...

—En el servicio se aprende mucho: mañana cumplo mi empeño y me vuelvo á reenganchar para seguir esta vida... ni un prior está mejor que yo... ¿no digo bien amorosa?

—¿Quién es esa mujer? le pregunté.

—Esta muchacha que ve Vd. aquí es mi novia... mi futura esposa... ¡ja! ¡ja! nos queremos mucho ¿verdad prenda mía?

—Pero y la Nicolasa? le pregunté á media voz.

Canuto se echó á reír como un estólido.

—¡Bah! ¡bah! la Nicolasa es un costal de arroz al lado de est.: yo no me he vuelto á acordar del santo de su nombre, ni de el de mi madre, ni de el de mi lugar... aquellos son todos unos majaderos!

Tentado estuve por calentar las orejas á Canuto como prometí á la Nicolasa; pero reflexioné y le dije:

—Está bien; desee que pases mañana por casa antes de reengancharte.

Canuto asintió y le di mi tarjeta.

Me retiré asombrado de los progresos del mozo. ¡Y luego dirán que este no es el siglo de las luces!

XV.

Al siguiente día se presentó Canuto en mi casa á la hora convenida: tomé una postura trágica, y exclamé:

—Canuto, ya no tienes madre.

El muchacho dió un respingo como si le hubieran aplicado un garrotazo en las costi-

llas: dos lágrimas surcaron sus mejillas y yo dije para mi capote:

—Se ha salvado!... su corazón no está envilecido del todo!

—Conque mi madre ha muerto! balbuceó, ¡pobrecilla!

—Si tu madre ha muerto Canuto. Estas fueron sus últimas palabras: «Tengo un hijo sirviendo al rey; si no ha reventado de puro bruto, decidle que le bendigo, y que vuelva otra vez al pueblo donde nació para regar con el sudor de su frente la tierra que regaron sus padres para alimentarle».

—¿Con que ya estoy solo en el mundo?

—Solo no, le dije, la Nicolasa te ama... y te espera con los brazos abiertos: mañana cumple tu licencia, corre al pueblo y cástate con ella que ha sufrido mucho por ti.

—¿De veras?... ¡Oh! que bruto he sido... ni siquiera me he acordado. ¡Pobre Nicolasa!

—Por ti la arrojaron sus padres de su casa: por ti se ha visto abandonada, sin pan y sin recursos: por ti ha sufrido la bafa y el escarnio: pero ella no se ha separado de su hijo por nada, ella le ha criado á sus pechos y le ha dormido en su regazo... Allí te espera con él para presentártelo... es un querubín que Dios te envía para servirte de báculo en la vejez... Anda, anda corriendo á buscar á las prendas de tu corazón... Esta fué la última voluntad de tu madre, y los buenos hijos tienen deber de obedecerla: Dios te ha quitado una madre; pero en cambio te dá un hijo!

—¿Con que soy padre! exclamó Canuto, ¿con que Nicolasa, y el niño, y mi madre... y yo... y Vd... ah! señor Herrero, mañana mismo como las de villadiego para nuestra tierra! ¡Soy padre! Nunca he sentido mayor alegría! Si Vd. no me lo dice, de seguro como una animalada.

Canuto cumplió su palabra honradamente y partió al siguiente día.

La paternidad llamó á las puertas de su corazón con sus santos acordes, y aquel corazón que no estaba viciado completamente, se regeneró para el bien, que es la felicidad del mundo.

¡Un hijo es siempre una redención del hombre!

XVI.

En año despues recibí la siguiente carta de Canuto:

mi señor mío: me alegrare que al recibir de estas cortas letras se alle V con la mas caBal saLud que yo Para mjde seo: la mia güena pa lo que V. guste Mandar que loa ré con mucho gusto y Fina Boluntad: Ya sabrá V. que me case con la Djhina niColasa y por cierto que nos va gran demente, porque no sirven pa descazarLa esas pepanatas que yo encontré quando era soldao: sobre too no ay muger comoe lla pa dar unas friegas: toda mia cienda se reduce á la nico Lasa, Dos

niños, una pollina. Dos bueyes y cuatro yuntas de tierra lo pasamos bien y no ai día que la Nicolasa no rece por V. un padre nuestro pa que Dios le saque de hazer coplas y lilailas y se venga aquí á comerse la sopa vova al lado de su familia que está siempre en Brasas por V. sabrá V. que tengo un muchacho mas gallardo que un Toro, se llama Canuto como el Padre quele enjendró: Mandemale V. alguna copla pa que sea gueno, y venga V. pronto pa que le demos un abrazo!

La carta concluía con un porcion de expresiones de todos mis amigos y conocidos. En el correo siguiente tuve la humorada de contestar á Canuto, y le endosé la siguiente rondilla para su hijo.

Tu hijo se llama Canuto;
Con él os juntais ya dos;
Pide sin cesar á Dios
Que tu lijo no sea bruto.

XVII.

En el verano de aquel mismo año estuve en el país cuando se recolectaban las cosechas.

Una tarde que fui á las heras del pueblo ballé un niño retozando sobre una parva de trigo, y bajo una enramada descubrí á su madre que hacia labor y adormecía otro niño sobre sus rodillas.

Era Nicolasa: al verme lanzó un grito de alegría y corrió hacia mí.

—Venga Vd... venga Vd. me dijo: va Vd. á ver cuanta es nuestra felicidad!

Me senté bajo la enramada y empecé á acariciar al niño mayor: era ya un pequeño toro bravo; pero á mi me trató como á un antiguo amigo: sabia ya mi nombre porque sus padres se le habian enseñado.

Llegó Canuto á la sazón: creí que se volvía loco de entusiasmo.

—Aquí tiene Vd., me dijo, aquí tiene Vd. en pocos palmos de tierra lo que constituye toda mi felicidad: el sudor de mi frente cae sobre la tierra de mi padre y me produce el bienestar: su consejo de Vd. me ha dado una familia: la Nicolasa es mi tesoro, y mis dos hijos, dos ángeles que atraen sobre mi rústico albergue la bendición de Dios. ¡Soy mas dichoso que los monarcas de la tierra! Bendita sea la Providencial!

No pude soportar aquella escena y me alejé llorando de regocijo: el antiguo recluta no he vuelto ha cometer jamás una animalada y en su rústico hogar alienta una familia venturosa!

FIN.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

LAS COSAS DE LA VIDA.

Continuación (1).

V.

Vosotras, lectoras, os habreis hallado muchas veces en la posición de Paquita.

Habreis esperado y esperado en valde.

Y al esperar de este modo, que para mí á lo menos es una de las peores maneras de esperar, habreis sufrido.

Habreis adivinado ya, por lo tanto, que Paca sufría.

Figuraos á la triste y hermosa niña que tan poco tiempo hacia que acababa de abrir su alma al amor, contemplar la lenta marcha del tiempo, contar los segundos por los latidos de su corazón, sentir á cada hora que pasaba que el dolor ocupaba su vida; llamar á Paquito que no le oía, invocar á Dios que no le hacía caso, mirar la calle mientras que la calle permanecía desierta, y comprendereis que Paquita lloraba.

Y el llanto de Paquita era muy amargo; porque indicaba la ausencia de Paco.

Y Paquita lloraba todos los días muchas veces... por la sencilla razón de que de nada que no fuera Paco se acordaba.

Y así pasaron los días, y los días formaron meses.

Y Paca lloraba mas, á medida que el tiempo pasaba; pero mientras que los días se iban disolviendo en el regazo de la eternidad, las lágrimas de la niña se secaban apenas vertidas: únicamente que así como los días que pasan van aglomerando las arrugas en la frente del hombre, así el llanto de la niña iba aglomerando dolores en su alma.

Pero todo era inútil: Paquito no volvía.

Y las gentes que nada saben, pero que todo lo ven, decían al ver á la niña:

— ¡Qué delgada y qué pálida se va quedando Paca.

Peró nadie sabía que Paquita lloraba todas las noches; ni nadie adivinaba que el hermoso color de sus mejillas había sido arrebatado por el recuerdo de Paco.

VI.

Yo no sé, querido lector, si tú serás aficionado á las baladas.

Por mi parte sé decirte que este género literario ha formado siempre el encanto de mi vida.

Recuerdo ahora una que conmovió mucho mi corazón.

(1) Véase nuestro número 155.

Erase una princesa que había atravesado una de esas grandes crisis de la vida por las que todos pasamos y en las cuales hacemos nuestra alma en el amargo líquido del dolor.

Aquella mujer había amado, y después de amar fué abandonada.

Desde entonces comenzó á llorar y estuvo llorando toda su vida.

Peró tenía por amigo un génio que recogía y guardaba cuidadosamente sus lágrimas.

Y un día ansió morir, y el génio la llevó á un estanque que había formado con las gotas recogidas.

Yo me he acordado muchas veces de esta historia al referirte la de la bella Paquita.

Porque al cabo de un año la niña había ya derramado todas las lágrimas que Dios había depositado en su alma, y deseaba morir, y no encontraba el estanque de la balada.

En nuestra edad el dolor no es capital.

Porque á la vida del corazón ha sustituido la vida del pensamiento y la humanidad está calenturienta.

Y las lágrimas que caen sobre ella se secan.

Por eso yo ya no lloro, y no creais que esporque me falta motivo.

Y si alguna vez quiero llorar me bebo mis lágrimas.

Porque estoy seguro de que su sabor salado matará mi corazón.

Peró Paquita no sabía esto y queria todavía llorar porque el llanto la consolaba.

Peró ya no lloró mas ni esperó mas á Paco que nunca venía.

La pobre niña había muerto para el mundo.

Y ya nunca mas fué bella, ni fué buena ni la admiraron las gentes.

Porque nunca mas volvieron sus colores á sus mejillas ni la alegría á su corazón.

La vida de la mujer está compendiada en una sola palabra, el amor.

Quitádselo y la matareis. Paquita había experimentado un dolor en su vida, y aquel único dolor había sido tan intenso que la había matado.

VII.

Paquito entre tanto estaba en su pueblo.

Su padre había tomado una resolución algo atrevida.

En su gramática parda no entraba la necesidad de ser abogado para ser rico.

Y en su bolsillo no cabía la elegancia de Paco.

Por consecuencia se había dicho:

«Mi hijo Paco será labrador y se casará con su prima.»

Y Paco, como siempre, había cedido.

Porque sabía que su padre no había de ceder; y los mandatos paternos tenían mas fuerza en su alma que el recuerdo de Paquita.

Nosotros, los hombres, somos siempre así; siempre nos devoramos á nosotros mismos.

Las mujeres nos dicen que no sabemos amar, y las mujeres tienen razón: el corazón de una mujer no cabe en el pecho de ningún hombre.

En cambio tenemos la fuerza y la voluntad; con esto no sufrimos, pero no gozamos tampoco.

Peró el caso fué que Paco se casó con su prima, y nunca en su vida se volvió á acordar de Paquita.

Y si volvió á acordarse fué solo para decir «yo tuve en Granada una novia que se llamó Paquita, ¡si hubiérais visto qué bella era!»

Y así pasó mucho tiempo. Paco cada vez engordaba mas, y mas se enriquecía; Paquita mientras tanto sufría mas y se quedaba mas delgada; pero Paco no se acordaba de Paca ni Paca se acordaba ya de Paco. Paca para Paco había sido una aventura de jóven; Paco para Paca había sido el dolor de una vida; y el uno vivía sin comprender la vida, y la otra vivía sin comprender mas que el dolor.

Peró al fin Dios tuvo compasión de la infeliz.

Un día amaneció muerta en su lecho.

Nadie supo de lo que había muerto, porque nada había dicho de su amargura, con nadie había comunicado sus pesares.

La niña no había encontrado un corazón en el mundo. Y había muerto.

Porque un corazón solo no puede vivir.

Y al día siguiente hubo un magnífico duelo al que asistieron todos los elegantes y los carruages de Granada.

Y las gentes decían: ¡lástima de Paca que haya muerto en tan hermosa edad!

Muchos decían que había muerto tísica, pero á nadie le ocurrió decir que había muerto de dolor.

Y es porque los hombres nunca mueren de este mal.

VIII.

Han pasado muchos años. Paco vive lo-

davia; ha aumentado en mas de un triple su capital, y ha llegado á ser diputado.

Hoy aspira á ministro y probablemente lo será.

Ya ni aun el recuerdo de Paca conserva.

Supo su muerte y la sintió como sentimos todas las muertes.

Y despues nada.

Todos le creen feliz y quizá tengan razon.

Pero lector, yo creo que si fuera posible escarbarle el pecho y levantarle el esternon, no se encontraría allí lo que todos creemos que allí existe, ó si algo se encontraba habria de ser una cosa muy dura.

SERAFIN ALVAREZ PERAL.

EL CASTILLO DE LAS VIRGENES,

POR

D. L. A. P.

I.

Hacia algunas semanas que la tripulacion de la fragata *Claimore*, de la marina de Escocia, experimentaba la terrible fiebre amarilla, tan comun en las costas de la América. Hacia pocos dias habia llegado á Valparaiso, mandada por su propietario y capitán Lord Werwort, y en poco tiempo habia perdido la tercera parte de su gente. Todos estaban aterrados, si se exceptua el comandante, que impávido siempre ante los peligros, no sufría al parecer molestia alguna, por el terrible huésped.

Era lord Werwort, un escocés, rico y sin familia, que víctima del spleen en Inglaterra, se habia retirado á Escocia, en donde tenia algunas posesiones, y en donde no pudiendo vencer tampoco la cruel enfermedad, habia tomado el partido de vivir siempre viajando. Aquella vida de continuas emociones, de continuas alegrías y peligros, debia mantener su espíritu en ese estado de esperanza y de temor, que constituye la vida del hombre.

El lord sin embargo se habia engañado á sí mismo, ni los mares, ni las tormentas, tuvieron para él mas atractivo, que el que habian tenido los azares de la suerte, y los caballos, cuando se encontraba en su patria, nada le distraía, nada le alegraba, lo mismo hacia una accion buena, como vencia una tormenta, pero todo lo hacia con spleen.

Estaba en la época en que le hemos presentado á nuestros lectores, con su hermosa fragata en el puerto de Valparaiso, cuya ciudad se proponia visitar, como habia hecho con todas las notables de la América del Norte. Hacia algunos dias que habia llegado, y la fiebre amarilla se habia desarrollado á bordo de la *Claimore*, de una manera espantosa. Lord Werwort miró con aire profundamente

distesido, arrojar al mar algunos de sus queridos marineros. Ni aun la muerte lograba llamarle la atencion.

No obstante el número de muertos se iba aumentando de dia en dia y por poco impresionable que se hubiera vuelto nuestro héroe, no podia sin embargo, prescindir de escuchar de vez en cuando, las dolorosas habillitas de los marineros que se quejaban amargamente de malestar por el capricho del capitán, ess pagos á la muerte. Lord Werwort que al fin tenia todo el fondo de honradez que adorna por lo regular, á los ingleses no pudo hacerse el sordo á aquellas voces y dispuso en un momento de mal humor, salir de Valparaiso con direccion á Edimburgo.

Imposible seria describir la alegría de la escasa tripulacion, volver á la patria es siempre un deseo muy natural pero cuando la ausencia de ella es de tres años y se conservan tiernos recuerdos de personas queridas que en ella quedaron, entonces el deseo se convierte en una pasion.

Lord Werwort no bien hubo acabado de dar esta orden cuando se arrepintió de ella; para él la patria no tenia ilusiones, ni familia, ni dicha, él estaba seguro de que al entrar en el puerto no habia de esperarle en él ninguna persona querida; y cuando el lord pensaba esta tenia envidia de sus mas infelices marineros y de seguro que hubiera revocado de buena gana la orden.

Al autohecer la fragata salió del puerto de Valparaiso. El inglés contemplaba tristemente desde la cubierta la tierra que se alejaba lentamente de su vista, su pensamiento no se fijaba en sentimiento alguno determinado, un vago como la causa que le motivaba. La tripulacion alegre por haber salido del puerto se entretenia sobre cubierta en traer á la memoria los recuerdos de la patria. Cada cual hablaba de una mujer, ya de una madre, de una esposa que le aguardaba impaciente y á la que pensaba consolar de su larga ausencia con la alegría natural que produce siempre la vista de un objeto querido.

Solo lord Werwort no tenia padre de quien hablar, pero escuchaba esta conversacion melancolicamente recostado sobre el borde de la *Claimore*; siempre que oimos hablar tomamos parte en los sentimientos, de los interlocutores por indiferente que sea nuestro corazon. Lord Werwort sentia un verdadero placer mezclado con una tristeza profunda al escuchar las conversaciones de los marineros.

Un mes duró la navegacion.

Una noche, el grumete colocado en la verga del palo mayor dió desafortados gritos de tierra! Como un solo hombre se lanzó la tripulacion sobre la cubierta y á la luz de la luna percibieron todos los ojos una masa informe y sombría que nadie que no estuviese experimentado, hubiera podido calificar. El

muchacho seguia entretanto gritando cada vez con mas fuerza.

—Tierra, tierra, tierra de Escocia!

—Buena vista tiene ese chico, exclamó un marinero viejo, para poder calificar con tanta seguridad.

Sin embargo, la fragata que adelantaba rápidamente, pronto les puso en estado de juzgar que no se habia engañado. Las negras rocas que rodean la bahía de Edimburgo se destacaban bizarramente en el horizonte, dibujado por la melancólica luz de la luna llena. Toda la tripulacion al reconocerlas lanzó un grito de alegría, todos los corazones latieron violentamente y hasta el mismo lord sintió una conmocion á lo que no estaba acostumbrado.

—¿A qué hora entraremos? preguntó al contramaestre?

—Al amanecer, contestó aquel, cuyo corazon apenas cabia en su pecho.

Lord Werwort se sentó sobre la cubierta y su vista ansiosa devoraba las negras rocas que se acercaban cada vez mas. El contramaestre estaba á su lado y el lord podia muy bien sentir los latidos de su corazon.

Sin embargo, al cabo de una hora pudo notarse en el semblante del anciano marino una ligera inquietud. Su vista se habia apartado de la tierra, y fija en el horizonte parecia querer atravesarle.

—¿Qué miras, Allan, le preguntó lord Werwort.

—Este por el pronto no contestó: su pensamiento parecia seguir los movimientos de una nubecilla roja que acababa de aparecer en el Oriente.

—Si el viento de Oeste no se levanta, dijo al fin como contestando mas bien á su propio pensamiento, que á las palabras del capitán, dentro de algun tiempo y antes de entrar en la bahía vamos á tener trabajo.

Y siguió con ojo escrutador sus observaciones.

El lord fijó tambien su vista en la nube; experimentó una ligera alegría al ver la inquietud del marino; siempre el peligro tiene algun encanto, y para los hombres del temple y de la vida de lord Werwort, una tempestad en medio del mar es lo único que puede proporcionarles distraccion; la lucha suprema entre la fuerza del mar y la inteligencia humana es un espectáculo sublime.

Poco tiempo despues un fuerte viento de Levante hizo rechinar las verjas de la *Claimore*. Las nubes entretanto habian cubierto con espeso celage el cielo y la luna habia completamente desaparecido. La tripulacion silenciosa y sombría y agrupada sobre la cubierta esperaba las órdenes del capitán.

Lord Werwort se levantó pausadamente de su asiento y con el corazon agitado por el entusiasmo que produce la tempestad, comenzó

la maniobra. En un momento las velas fueron plegadas; poco á poco fué desarbolándose el buque y en una hora estuvo dispuesto para todo evento.

Las nubes entretanto habían comenzado á arrojar agua y el viento soplabá con fuerza terrible.

—Que noche! exclamó el contramaestre!

El buque abandonado á la furia de aquel terrible levante y de las olas estaba desorientado, unas veces se le sentía elevarse rápidamente sobre una montaña de agua, y luego descendía con mayor velocidad y el agua barría la cubierta. El capitán atado al palo mayor conservaba toda su serenidad, su valor crecía á medida que anunciaba el viento ó que las olas maltrataban mas fuertemente los costados de la *Claimore*.

Un relámpago brilló de pronto en el espacio é hizo ver á la tripulación las vocas de la Bahía. El capitán palideció y á fuerza de habilidad consiguió alejar al buque del terrible escollo.

—Cuando ya se creía en salvo por haber librado del peligro, una luz apareció sobre la la costa.

—El Castillo de las Virgenes exclamó aterrada toda la tripulación: y el frío de la muerte heló la sangre en sus venas.

El Lord comenzó á dar sus disposiciones y guiado por la luz, la fragata estuvo en salvo; la luz mientras tanto, seguía en el castillo y se agitaba como una serpiente al fuego. Toda la tripulación tenía los ojos fijos en ella con la expresion del agradecimiento.

A la mañana siguiente la fragata entró majestuosamente en la Bahía. Un inmenso grito de alegría la recibió: la tripulación contestó con otro de agradecimiento. Lord Werwort vuelto á su primitiva insensibilidad después de pasado el peligro, contemplaba sin tomar parte en ella, la alegría de los marineros y de sus familias y las lágrimas de las de aquellos que faltaban.

—Su pensamiento desde que había cesado la tormenta no se había separado de un objeto; ¿quién sería el misterioso ser que en la noche anterior había tan milagrosamente salvado la vida suya y la de su gente? Quién y con qué objeto colocó en el Castillo de las Virgenes el misterioso faro que le evitó el chocar? El corazón del Lord estaba interesado en la averiguación de aquel misterioso personaje, porque percibía una serie de sensaciones.

(Se continuará.)

CRONICA NACIONAL.

REVISTA DE LA SEMANA.

ALBUM DE EL MADRILEÑO.

La semana anterior no tuvimos espacio para dar á nuestros suscritores noticias de la

vida que hacemos en la corte, ni de los chismes de la localidad: hoy los hacemos suplirnos nos dispensen nuestra ligera falta.

Reina ya en Madrid esa animación que se nota siempre á mediados de otoño: durante el día los paseos están bastante concurridos; y los teatros no dejan de ser tambien bastante favorecidos durante la noche.

La esposición de pinturas atrae diariamente una concurrencia numerosa: nuestras elegantes damas acuden á la casa de la Moneda á divertir la vista con las magnificencias del pincel y las creaciones del arte: desde allí se dirigen á la Castellana, que está un paso, y dan expansión al alma con algun amorcillo misterioso que se oculta entre las acacias para adorar á su dulcinea en las hermosas tardes del otoño.

La población ofrece el mismo espectáculo de siempre: esto apenas cambia: lujo y miseria; todo brilla en confuso monton, plantado en los ámbitos de este *Orcus* viviente, de esta colmena deliciosa, donde la risa y el llanto forman un coro tan hechicero que es capaz de quitar el spleen al inglés mas furbuando.

Una de las novedades literarias que hemos tenido en la pasada semana ha sido la aparición de un folleto político-religioso-lacrimoso, titulado *El Profeta de Italia y Roma*.

Este folleto tiene el mérito de estar escrito con los piés, y si apostá se hubieran de haber ido coleccionando una multitud de majaderías y de impertinencias, no creemos hubieran de haber formado conjunto mas pésimo que el del referido folleto.

El profeta que lo escribe no tiene nada de lo que tenía el rey Salomón, ni otros santos varones de la Escritura: debe manejar mejor el escardillo que la pluma.

La forma de este libelucho es la podre de cuanto se ha escrito, el cieno negro del pozo que revienta. Su autor nos ofrece para mas adelante un libro sobre Jesucristo; Dios permita que el tal libro no salga á luz, porque á juzgar por la muestra anterior, debe ser una chocarrería innoble, una befa ruin contra lo mas sacrosanto.

El autor del mencionado folleto ha pretendido hacer un bien á la religion y ha conseguido arrastrarla hasta el ridiculo: este pecado es ya demasiado universal. Parece increíble que en una nacion como España, se publiquen cosas tan miserables, tan faltas de sentido comun y de dignidad, máxime cuando la censura eclesiástica puede imponer su veto. ¿Que fatalismo tan cruel había de pesar sobre la religion católica si todos sus profetas fueran como el autor de este folleto!

Entre las otras novedades literarias que hemos tenido figura el *Beltran*, drama monstruo del Sr. Diaz, estrenado en el teatro del Principe para morir á la tercera noche:

Es una obra *á tres generis*, escrita con mucha

corrección, y perfectamente desgraciada en su pensamiento y en su desarrollo. Parece mas bien el delirio del literato que empieza, que no la obra del literato que ya está formado como sucede al Sr. Diaz.

Decimos esto, porque es imperdonable que un autor de su talento y de sus buenas facultades para la escena dramática, haya ofrecido al público una estravagancia de este genero, una obra de brocha gorda, que no refleja una sola verdad de la vida social.

Porque creemos en las facultades del señ Diaz, nos atrevemos á esperar que se esforzará en adelante para borrar la mala impresion que ha producido el *Beltran*, escribiendo obras de mas importancia y de mas provecho.

¿Y qué diremos de la zarzuela titulada *Juegos de azar* estrenada en Jovellanos?

Es un disparate de marca mayor engastado en un mal libretto y en una música algo peor. El público no pudo oír el último acto: se retiró silvando con mucha prosopopeya, afirmando que lo habían dado gato por liebre.

Tambien en el Circo se estrenó una zarzuela titulada la *Campanilla del boticario*, letra del célebre Sr. Pastorido, autor de los libretos que se zarcean en comandita.

Lo mas chistoso sobre la obra del Sr. Pastorido es que está calcada sobre otra del Sr. Breton de los Herreros, del decano de los autores dramáticos, de unas de nuestras mejores glorias literarias. El Sr. Pastorido ha tratado veis y seis de enmendar la plana á Breton: se ha lucido en regla: para que el Sr. Pastorido llegue á la suela del zapato de Breton es necesario que vuelva otra vez al mundo y encarna de otra manera.

Risum teneatis! La campanilla del boticario no ha vuelto á sonar en el Circo, porque su sonido causó á los espectadores el efecto de la *hipocauana*.

Como ven nuestros lectores la temporada cómica se presenta llena de fracasos: no obstante, en *Lope de Vega* se está representando con éxito creciente una comedia francesa arreglada por el Sr. Tamayo, cuya tendencia es admirablemente consoladora.

Se titula *¡Lo positivo!* el pensamiento está dotado de gran verdad: la forma es aceptable, aunque imperfecta en el acto segundo: es un cuadro de actualidad de bastante efecto, y contribuye á su mayor resalte, la buena ejecución de la Sra. Lamadrid y de Arjona.

El coliseo de *Lope de Vega* está de enhorabuena, porque *¡Lo positivo!* atrae una escogida concurrencia á sus localidades.

L. A. H.

Propietario y editor responsable:
D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID:
Imprenta de EL MADRILEÑO, Caballero de Gracia, 15.